

## 19. Guernica

Con tantas idas y venidas, unos días de pesca y otros a toda máquina llevando cosas y personas, el Izarra hacía aguas por todas partes, nunca mejor dicho. Un barco de esa eslora y potencia no podía ser un comodín para hacer de todo, y de eso tenía la culpa Locuras, que se apuntaba a cualquier acción; no podía estar quieto. Tenía muchos achaques: el tubo de escape, mil veces reparado, seguía perdiendo humo, el caudal del agua de la refrigeración disminuía y se calentaba, las luces de estribor pestañeaban..., pero continuaba. Podían seguir respirando gases tóxicos pero lo del motor de arranque era más serio. La anécdota de Saturrarán les había cambiado el color. ¿Qué pasaría si con mala mar no pudieran arrancar o, peor aún, escapar de las garras franquistas? Había que reparar el motor de arranque o no parar jamás. Qué estupidez.

En Bermeo lo desmontaron hasta donde sabían y concluyeron que era la bobina, ésta avería en tiempo de guerra era como la extremaunción para cualquier *gasolino*. La única solución pasaba por ir de taller en taller, de los que abundaban en Guernica, hasta lograr que alguno lo rebobinara con cobre.

—Y no vuelvas sin repararlo —le gritó Locuras, marcando jerarquía, mientras Krispín se alejaba para coger el tren que desde Pedernales le llevaría a la vecina villa. Llevaba, en un saco de arpillera, el pesado motor como si fuera una pluma.

—Y tú, rasca y pinta que al volver quiero ver un Izarra como nuevo. Ez aiz gelditu!<sup>34</sup> —le gritó, no dejándose amedrentar.

Iban a aprovechar el parón forzoso del pesquero para remozarlo, lo necesitaba más que el gasoil para seguir faenando. Krispín era más resuelto y acordaron que fuera él en busca de un taller para arreglar el motor, mientras su compañero empezaba a rascar los bajos del barco que ya tenía barbas: algas, conchas y puede que hasta mejillones pegados al casco. Toda esa fauna y flora marina frenaba su desplazamiento. No era de extrañar que navegara tan lento y consumiera tanto. Eso sí era una locura en tiempos de escasez.

No había camas donde apoyar el barco y sacarlo a muelle seco, la única estaba ocupada por un dragaminas en reparación. Tenía prioridad, lo respetaban mucho después de su última acción bélica.

Eran mareas vivas, la alta era exagerada y en bajar quedaban varados algunos buques. Aprovecharon para llevar el Izarra a la rampa con el agua al máximo nivel, trincándolo con dos amarras y apoyándolo contra el muro del muelle. Al cabo de un tiempo, con la bajada y en seco, dispondrían de varias horas para rascar el casco, agachados y hasta tumbados. Lo de pintar vendría después con un par de mareas más, una vez colocado en posición de limpiar bajos, Locuras se puso manos a la obra con la rasqueta. Él prefería quedarse junto a su hogar que aventurarse tierra adentro, con lo poco que le gustaba alejarse de la mar, ni un kilómetro.

Guernica gozaba de cierta prosperidad, parecía un oasis en mitad de la desolación que vivía España, como si la guerra no fuera con ellos, la única

---

34 ¡No pares!

señal bélica que se podría encontrar era la actividad incesante de las fábricas de armas (pistolas), y también unos cuantos refugios, bien señalizados, que el Ayuntamiento había mandado construir después de que, unas semanas antes, la vecina Durango hubiera sido bombardeada y ametrallada sin piedad por la aviación enemiga y sus aliados.

La relevancia política e histórica de Guernica transcendía al nacionalismo; los vascos se sentían representados en este pequeño lugar de enorme simbolismo. Para unos era la autonomía, para otros suponía el engarce con Castilla, su respeto y protección ante cualquier envite extranjero, su acatamiento a los fueros. Los vascos, ya fueran nacionalistas, republicanos, rebeldes, sindicalistas, carlistas y hasta falangistas, tenían por la Villa de Guernica una consideración extraordinaria que sobrepasaba las luchas fratricidas.

La villa sagrada de todos los vascos estaba especialmente representada por su Casa de Juntas, construida cien años antes, y su Árbol Santo. Frente a la fachada principal de la Casa, el escudo de armas del Señorío de Bizkaia lo reproducen. Su altar evidenciaba el catolicismo de los vascos y su sala de reuniones, con sillones de piedra y madera, estaba adornada con pinturas e inscripciones que recordaban la jura de los Fueros por los reyes de Castilla que acudieron a Guernica para este fin, máximo testimonio de respeto y acatamiento.

Los habitantes de este lugar pacífico e industrial solo conocían las atrocidades de la guerra por los testimonios de los republicanos guipuzcoanos que llegaron huyendo del avance de los nacionales.

Durante la República, sus habitantes, la mayoría católicos, pudieron continuar con sus habituales

prácticas religiosas y no hubo ni un atisbo de ataques a iglesias ni persecuciones a sus sacerdotes. Estando en zona roja, los supuestos conservadores no fueron inquietados ni por la población civil de sentido contrario ni por los milicianos. Una luz ejemplar en la convulsa oscuridad.

Cuando Krispín bajó del tren se encontró con un mundo insospechado, el mercado cubierto rebosaba de color y ruido. Se exponían frutas, verduras, gallinas, quesos, pastas, leche..., por doquier; una locura de vitalidad y abundancia que no había visto hacía ya más de un año, como si hubiera entrado en otro país lejano. Un sueño. Además, en los laterales, en puestos bien organizados, otros artesanos exponían todo tipo de materiales trabajados por ellos: alpargatas, cintos, marmitas, aperos de labranza, cencerros, cestas de mimbre... Era día de mercado. Quedó extasiado y sintió no poder compartirlo con Locuras. Le habría encantado, ellos que siempre estaban faltos de todo, eran demasiado austeros. Imaginó vender aquí sus pescados, un buen negocio, seguro.

No perdió más tiempo y, siguiendo las indicaciones del jefe de estación, caminó hacia el Sur del pueblo, donde estaban los talleres y fábrica de armas. Fue mucho menos complicado que lo que imaginaron. El tipo del buzo del primer taller que encontró miró con interés el motor, arrancó un par de hilos de cobre dejando al descubierto la avería y le dijo lacónico:

—Pásate en un par de horas.

—Para qué preocuparse tanto —pensó Krispín que estuvo desvelado una semana con el puñetero motor como si su avería condenara al desguace del pesquero.

Volvió, compró unos talos con chorizo y una botella de sidra y se tumbó en la hierba del parque

disfrutando de su día libre. Después, por la tarde, pondría una conferencia telefónica con la PYSBE para tener noticias de los suyos, estaba muy inquieto, había oído de ciertas represalias de los falan-gistas. Serán bulos para asustarnos, concluyó más tranquilo, incapaz de sospechar maldades y menos en el ambiente festivo de Guernica. Se tumbó tapándose la cara con la txapela.

Un ruido de motor ensordecedor lo despertó, como si un camión fuera a pasarle por encima. Asustado, retiró la boina y vio cómo pasaba en vuelo rasante un bimotor con la esvástica alemana. Al poco se escuchó el estruendo de las bombas que había dejado caer no lejos de allí. El suelo vibró.

Al rato, tres aviones italianos atravesaron la villa, de Oeste a Este en una sola pasada, descargando varias bombas, principalmente en las carreteras de acceso al pueblo y en el puente, y también algunos edificios sufrieron daños.

Se levantó conmovido, nunca había visto un avión, solo en unos dibujos de tebeos. Tenía los oídos tapo-nados y anduvo un rato desequilibrado yendo hacia el centro del pueblo, luego recordó que tenía que recoger el motor y volvió sobre sus pasos.

Poco después, un bombardero alemán escoltado por cazas italianos asoló de nuevo la Villa con tres pasadas consecutivas, dejando caer más bombas y rastrillando a los civiles con sus ametralladoras. La gente sorprendida, despavorida, corría a los refugios, protegiéndose en edificios o escapaban al monte. Era un infierno. En una hora, la alegre y colorida villa había dado paso a una imagen dantesca de dolor, destrucción y muerte. Pero lo peor estaba por llegar.

Dos horas después del primer bombardeo y mientras toda la población se afanaba por atender a los

fallecidos y heridos removiendo las ruinas, a las seis y media de la tarde, tres escuadrillas de trimotores bombarderos –Junkers 52–, flanqueados por cazas italianos y alemanes realizaron su ataque en cuñas sucesivas de tres aviones. Durante quince minutos se prolongó el peor calvario sufrido por una población hasta entonces, bajo una lluvia incesante de bombas de gran tamaño y otras incendiarias con el nítido objetivo de destruir la Villa. Las ráfagas de ametralladora contra la población civil que intentaba guarecerse confirmaron la peor de las intenciones. Guernica estaba arrasada y, paradójicamente, la fábrica de armas seguía en pie, claro exponente de la intencionalidad de los rebeldes.

Los aviones habían dejado de rugir pero las bombas incendiarias continuaban ampliando la destrucción y desolación de un pueblo pacífico y ajeno a la guerra. Enseguida retumbaron otras explosiones, las bombas de efecto retardado comenzaban su sorpresiva aparición en el momento en que los supervivientes intentaban ayudar a sus heridos. ¡Qué crueldad! No escatimaron recursos para arrasar la villa sagrada de los vascos: bombas destructivas de gran tamaño, incendiarias, retardadas y ametrallamiento de la población civil que huía y, sin embargo, conservando las instalaciones industriales para el posterior uso de los vencedores. Un sadismo meticuloso y bien medido.

Lo vivido en la Villa de Guernica fue terrible, un incendio imposible de sofocar devoraba las casas y edificios, pese a los esfuerzos de la población por intentar reducirlo; en medio de las llamas se escucharon nuevas explosiones de bombas retardadas mientras que los aterrados habitantes intentaban localizar a familiares y amigos desaparecidos. Los

bomberos de Bilbao se unieron a quienes luchaban por reducir las llamas que proseguían inexorables. Una brutalidad inconcebible sobre una población civil indefensa y carente de protección antiaérea.

Más del cinco por ciento de la población de Guernica falleció, y el setenta por ciento de sus edificios quedaron arrasados. La aviación alemana bajo las órdenes de Franco había asolado la villa. Un tributo de guerra excesivo para una población que no tenía ningún valor militar y cuya convivencia con las dos Españas había sido tolerante y modélica.

Krispín deambuló con dificultad por las calles envueltas en llamas; ayudó a un herido en un brazo a levantarse; acarreó con una señora ensangrentada hasta un grupo de enfermeros espontáneos; hizo palanca con una viga para levantar los escombros que cubrían a un niño ya fallecido; sujetó la manguera a los bomberos que luchaban de forma desigual con las llamas; derribó a patadas una puerta atascada que una persona enloquecida intentaba abrir para salvar a los suyos; cerró los ojos de una señora caída junto a la cesta con su compra; retiró varios cuerpos sin vida... La noche seguía iluminada con focos rojizos y el calor de las llamas. Pasó junto a un hospital de campaña provisional, varios cadáveres cubiertos esperaban ser trasladados, una persona de civil con un brazalete blanco hecho con un trapo, le retuvo:

—Siéntese, le voy a curar.

—Yo no tengo nada.

—Claro que sí, siéntese. Por favor —insistió.

Accedió sorprendido, el enfermero le cortó la manga de la camisa a lo largo, y tomó unas pinzas.

—Le va a doler —advirtió.

—Lasai.<sup>35</sup>

---

35 Tranquilo.

Una mujer vino a sujetarle el brazo izquierdo, el sanitario hurgó en una herida metiendo las pinzas y con cuidado le extrajo un trozo de metralla arrugado, le curó y vendó. Luego le limpió otra herida que tenía en la frente.

—Eskapada ederra egin dezu!<sup>36</sup> —le dijo.

—Ni sé de qué me habla. No recuerdo haber sentido nada. Además, qué importan estas pequeñeces.

Deambuló intentando ayudar aquí y allá, como toda la población superviviente. No recordó haber dormido. Por la mañana, sin saber cómo, llegó hasta el taller donde debían repararle el motor. El pabellón estaba intacto, no había sufrido daño alguno como tampoco las instalaciones industriales de la zona, ni siquiera la fábrica de armas. El taller estaba vacío, todo el pueblo, de cualquier signo, colaboraba en las tareas de desescombro de la villa, lloraba a sus muertos o ellos mismos habían fallecido. Encima de una mesa de trabajo encontró su motor reparado, no supo qué hacer, no había nadie. Finalmente lo metió en el saco que había llevado y todavía estaba en el suelo, dejó todo el dinero que llevaba consigo sujeto por un martillo y se alejó dando tumbos, cansado y mareado, arrastrando su botín. Vomitó a los cien metros.

Los vecinos de la comarca de Urdaibai acudieron raudos a desescombrar lo que quedaba de Guernica, con palas, con las uñas, con el hombro..., aún temerosos de que una bomba dormida explotara y con el oído alerta a cualquier ruido de motor. Eran capaces de volver para rematar a los muertos.

Casualmente Krispín se topó con Locuras que, como todos los bermeanos, había ido a prestar sus

---

36 ¡Vaya escapada!

manos a sus compatriotas. Se fundieron en un largo abrazo sin decir nada, solo sollozaban. El patrón acarreó con el saco y le ayudó a subir a un camión de vuelta al Izarra.

El mundo entero se hizo eco de la atrocidad, las cancillerías y embajadas eran un hervidero de protestas y sin embargo los franquistas primero negaron su autoría, luego argumentaron que el bombardeo estaba dirigido a objetivos militares y finalmente acusaron a los republicanos de haber incendiado la Villa.

El temor europeo a una Alemania cada día mejor armada y envalentonada amortiguó las protestas de sus vecinos occidentales, la atroz acción bélica contra una población indefensa, en una villa tan emblemática, tiraba por tierra los argumentos pacifistas que los nazis cínicamente esgrimían.

Las negociaciones secretas, intermediadas por la Santa Sede, que los nacionalistas venían manteniendo con los rebeldes para lograr la paz por separado y evitar una masacre, se vieron lógicamente muy afectadas. Quedó clara la pretensión de los franquistas.

Para los nacionalistas la guerra civil se circunscribía al País Vasco, lo que sucediera en España solo les preocupaba en la medida que les afectara directa o indirectamente. Estaban centrados en sus territorios, en sus batallas, en su país, en su gente. Hubieran deseado bordear el conflicto de otra manera.

